

un ataque general para apoderarse de los navíos. Colon, que á toda costa queria evitar la efusion de sangre, se esforzó en vano á désarmar á los indios por medio de conciliacion; despues viendo que nada obtenia con dulzura, recurrió á las amenazas; pero todo fué inútil. Entonces mandó disparar un cañonazo, solo con pólvora, creyendo que el ruido bastaria para espantar á los indios; pero no logró el objeto que se habia propuesto. Los salvajes viendo que no habian sido aniquilados por el rayo, creyeron que era nulo su poder, se hicieron mas insolentes, y dando grandes alaridos y palos en los árboles, espresaban el desprecio que hacian de aquel inútil estruendo que habia causado su asombro. Colon se vió en la necesidad de hacerles sentir los efectos de la artillería que se atrevian á despreciar, y mandó disparar con bala á una colina en que habia muchos indios. Conocieron entonces que aquel trueno daba tambien la muerte y huyeron espantados á los bosques.

De todos los indios encontrados hasta entonces, estos eran los mas hermosos y mejor formados, notables por su esbelto talle y elegantes proporciones de su cuerpo: no presentaban la deforma protuberancia del abdómen que daba un aire tan grotesco á los otros habitantes de estas comarcas. Los españoles vieron en el puerto muchos grandes caimanes. Estos animales cuando están cansados, se van á dormir á la costa y exhalan un olor muy subido de almizcle: parecen tímidos si se les ataca; pero esto no

quita el que traten de pillar á los hombres para devorarlos.

Colon desanimado, renunció al fin á la esperanza de hallar el paso desde el Océano Atlántico al mar del Sud. La pertinacia de los impetuosos vientos, contra los cuales luchaba ya hacia tiempo, le determinó á desandar el camino para dirigirse á un país llamado Veragua, donde segun las noticias de los salvajes, existian ricas minas de oro. Corrió muchos peligros en esta penosa navegacion, y asaltado por una violenta tempestad que duró muchos dias, tuvo que sufrir una grande escasez de víveres. De todas sus provisiones, agotadas en un viaje de ocho meses, ya no le quedaba para alimentar á la estenuada tripulacion mas que un poco de bizcocho corrompido por el calor y la humedad. Además, estaba plagado de gusanos, siendo preciso comerle á oscuras, para evitar la repugnancia que debia causar este alimento inficionado.

Por este tiempo fué cuando los navíos se vieron rodeados de una multitud de tiburones. Este pescado, que á veces tiene hasta treinta piés de largo, es muy gordo, y sus monstruosas mandíbulas están armadas de tres hileras de gruesos dientes, con los que corta un brazo ó una pierna como si fuese con una hacha. Un solo golpe de su cola, que meneas sin cesar, puede romper los brazos y piernas y aun matar al hombre á quien alcance. La voracidad de este pez no es menos espantosa, porque se traga todo cuanto le presentan, hasta los garfios de hierro

y las hachas. Se lee en las memorias de un viajero digno de fe, que habiendo arrojado al agua el cadáver de un hombre envuelto en un pedazo de lona, conforme se acostumbra en el mar, donde no es posible enterrar los muertos, se pescó al día siguiente un tiburón en cuyo vientre se encontró el dicho cadáver aun envuelto en su mortaja. Los negros de Africa miran como un manjar delicado la carne de este pez, aunque sea aceitosa y exhale un olor desagradable. Antes de comerla la esponen al ardor del sol, hasta que comience á corromperse, es decir durante unos ocho dias.

En cuanto á los compañeros de Colon, la presencia de aquellos monstruos les pareció de mal agüero. Sin embargo, el hambre pudo mas que sus temores supersticiosos y su aversion á la carne rancia de tiburón. Se decidieron á comerla, porque todavía era preferible al vizcocho que disputaban á los gusanos. Los tiburones por otra parte eran fáciles de coger. Sabiendo su extraordinario apetito y que se tragan cuanto les arrojan, los marineros prendian un pedazo de paño encarnado en un fuerte anzuelo sujeto á una cadena de hierro y le arrojaban al mar. Apenas el anzuelo tocaba en el agua, ya un tiburón se prendia en él, y tirando de la cadena le subian al buque. Cogieron uno en cuyo estómago se halló una tortuga viva, la que anduvo sobre cubierta, apenas la sacaron de su singular prision. El estómago de otro tiburón contenia la cabeza de un pescado de la misma especie, echada al mar por los ma-

rineros hacia poco tiempo: esto hizo creer que los tiburones se devoraban unos á otros.

El almirante caminando hácia Veragua, célebre por sus abundantes minas de oro, se vió obligado muchas veces por el temporal á detenerse en varios puntos de la costa, aguardando un viento favorable que le permitiese llegar al país donde esperaba la justa indemnizacion de sus penas y contrariedades. En uno de estos países que visitó, le causaron sorpresa las casas que los habitantes habian edificado en el aire, valiéndose casi de los mismos medios que empleó en tiempos antiguos la reina Semíramis para construir sus jardines aéreos, de que hablan con tanto encomio los escritores de la antigüedad. Los salvajes habian construido sus cabañas, apoyadas en las ramas de los grandes árboles, conforme antiguamente se fundaban terrados y jardines enteros sobre altas bóvedas. Bajo este aspecto los indios se parecian á las aves, porque como ellas, eran habitantes del aire. Sin duda habian adoptado este género de construccion tan extraordinaria para librarse de las inundaciones y de los ataques de animales feroces ó de sus enemigos. Subian á sus cabañas por medio de escalas, que tenian luego buen cuidado de recoger para que nadie subiese tras de ellos.

En fin, Colon llegó felizmente á Veragua, y todos sus compañeros saludaron con exclamaciones de alegría y de esperanza aquella costa donde debian encontrar tantas riquezas. Anclaron á la entrada de un río al que el almirante dió el nombre de

Belen, porque habian llegado allí el día de los Reyes, que es una de las mayores festividades de la Iglesia católica. Los habitantes le dieron á entender que á pocas jornadas de distancia, rio arriba, llegaria á la residencia de su rey, llamado Quibio, ó segun otros historiadores, Quibian. Decidióse Colon á ir allá, enviando primero á su hermano Bartolomé para que cumplimentase al cacique. Noticioso éste de la llegada de los hombres blancos, se apresuró á salir á su encuentro, y en esta entrevista se hicieron por una y otra parte muchas demostraciones de cortesía y protestas de amistad. Su majestad india quiso visitar al mismo almirante, que recibió al cacique con la consideracion debida á su rango y obtuvo su amistad regalándole algunas bagatelas de Europa.

Entre tanto, Bartolomé guiado por informes mas seguros acerca de la verdadera situacion de las minas de oro, siguió con su tropa el camino que le habian indicado y vió que no le engañaban. Encontraron el oro á flor de tierra, junto á las raices de los grandes árboles, y convencido de que la tierra por aquellos parajes ocultaba con abundancia en su seno el precioso metal, recogió algunos granos y volvió á anunciar á su hermano su feliz descubrimiento.

En vista de él, Colon se determinó á fundar una colonia en este país, mandando que inmediatamente se construyesen algunas casas cerca de la desemboadura de Belen. Pusieron al instante manos á la

obra, construyendo en pocos días algunas casas de madera cubiertas con hojas de palmera. Colon escogió entre su gente ochenta hombres para formar la colonia, mandada por su hermano Bartolomé. Los proveyó de todos los instrumentos y todas las cosas que podian serles necesarias, y como el rio abundaba de peces de todas clases, dejó á los colonos muchos utensilios de pesca. Entre los excelentes peces del rio de Belen, habia una especie de sardinas ó anchoas, las que cogian los salvajes de un modo muy particular. Habiendo notado que saltaban del agua á parajes secos cuando eran perseguidas por otros pescados, cubrian el medio de sus canoas con hojas de palmera y metian mucho ruido con los remos al cruzar el rio, con lo que los peces engañados saltaban en la canoa, creyendo fuese la tierra, y eran cogidos por los hombres que iban en ella.

Cuando Colon tuvo arreglada la colonia y hubo adoptado las medidas que debian consolidar el nuevo establecimiento, se preparó á volver á España; pero supo de repente que el cacique Quibian, envidioso de que los europeos viniesen á establecerse en su territorio, queria prender fuego á la colonia. Era preciso discurrir medios de evitar esta desgracia, por lo que el almirante y su hermano, despues de haber deliberado el partido que debian adoptar, acordaron apoderarse del cacique antes que pudiese ejecutar su proyecto; pero esta resolucion de los dos hermanos tuvo funestas consecuencias para los españoles.

Bartolomé, acompañado de un buen destacamento de soldados, se dirigió al pueblo de Veragua, cerca del cual estaba la casa del cacique en lo alto de una colina. Cuando Quibian le vió acercarse, le envió á decir que no llegase hasta su casa, por que él saldria al encuentro del jefe español. Bartolomé se adelantó solo con cinco soldados, mandando á los otros que le siguiesen á corta distancia, y que al primer tiro que oyesen, rodearan la casa de Quibian en términos de que nadie pudiera escaparse.

El cacique nada sospechaba y se adelantó con la mayor seguridad, hasta que los soldados de Bartolomé, cercándole de repente, le hicieron prisionero. Hízose entonces la señal convenida al resto de la tropa, la casa fué invadida, y cuantos en ella habia sufrieron la suerte de su amo sin hacer resistencia á los españoles. Tienen estos excusa de su conducta en las intenciones pérfidas del cacique, de cuya persona fué preciso apoderarse para salvar sus vidas y la colonia; pero juzgando el hecho con la imparcialidad de la historia, ¿con qué derecho iban ellos á establecerse en las tierras del aquel cacique? No se le puede tampoco á éste acriminar porque tratase de repeler á unos extranjeros que le parecian perjudiciales á él y á su pueblo.

Determinóse llevar el desgraciado cacique, atado de piés y manos á uno de los navíos, y le metieron de noche en la chalupa sujeto con una cuerda, que apretándole mucho le hizo dar gritos de dolor.

Compadecido el hombre que le guardaba, aflojó un poco, pero sin soltar la cuerda con que habia sido atado. Quibian, menos embarazado en sus movimientos, se arrojó de improviso al mar, llevándose tras de sí á su guarda, y hábil nadador, favorecido por la oscuridad de la noche, burló la persecucion de los españoles. Estos se creyeron autorizados para apoderarse de todos los bienes del cacique fugitivo, culpable solo por haber recobrado su libertad, que le habian arrebatado con un acto de violencia. Su casa fué saqueada, y los españoles se repartieron su oro, que valia trescientos ducados.

Quibian respirando odio y venganza preparaba terribles represalias á sus enemigos. Adelantándose por un espeso bosque, á propósito para ocultar su marcha á los españoles, sorprendió á la colonia, atacándola de improviso con sus tropas, que daban gritos horrorosos y lanzaban flechas encendidas para pegar fuego á los techos de las casas. Esto no lo pudieron conseguir por la mucha distancia; pero se trabó un combate encarnizado que podia ser fatal á toda la colonia. El valor de Bartolomé la salvó, cargando á los indios con tal denuedo, que los derrotó, causándoles una pérdida considerable. Los españoles tuvieron un muerto y algunos heridos, entre los que se contaba Bartolomé, á quien le dieron un flechazo en el estómago; aunque felizmente la herida no fué mortal.

Colon esperaba que esta derrota serviria de leccion al cacique para no hostilizar á los españoles;

pero no sirvió mas que de ponerle todavía mas furioso. Su ódio prometia á sus enemigos una venganza de que al cabo hubieran sido víctimas, si asustados del peligro que les amenazaba, no hubiesen declarado que preferian los peligrosos azares de una larga navegacion, á la suerte que les esperaba en una tierra donde quedaban espuestos á los incessantes ataques de un enemigo tan implacable. El almirante viendo su desesperacion y el designio que les inspiraba, no pudo rehusarse á recibirlos á bordo, y abandonando uno de sus navíos que no podia sostenerse en el mar, se hizo á la vela con los otros tres, tambien en muy mal estado.

No deseaba otra cosa mas que poder llegar á la isla Española con sus buques tan averiados, porque ya habia conocido que no podian servirle para volver á España; pero la escuadrilla fué acometida por los violentos huracanes, tan frecuentes en aquel mar. La experiencia de Colon sus consejos y sus exhortaciones no podian infundir ánimo á sus equipajes, en los que reinaba el desórden y la confusion. Sus órdenes no eran ejecutadas, y en vano prescribia las mas sábias disposiciones, porque no hacian caso de su voz. Vió perecer uno de sus navíos cuando aun se hallaban á vista de Tierra Firme, y los otros dos hacian agua con tanta abundancia, que eran precisos todos los esfuerzos de las tripulaciones y el ejercicio continuo de las bombas para que no se fuesen á pique. Colon no se habia hallado nunca en una situacion tan crítica. Tomó

el rumbo para la isla de Cuba, donde esperaba que descansase su tripulacion y se pudiesen componer sus navíos tan deteriorados; pero otra tempestad le lanzó lejos de las costas de Cuba, en el momento de abordar á ella. Los dos navíos empujados uno contra otro por un viento impetuoso, chocaron con tal violencia, que todos cuantos iban á bordo creyeron que iban á abrirse en canal, y se preparaban ya á la muerte.

A pesar de todo, las naves resistieron este choque terrible, y llegaron hasta la costa de la Jamaica, donde el almirante consiguió por medio de una hábil maniobra hacerlas encallar cuando estaban próximas á irse á pique: si tarda un momento mas, perecen él y todos sus compañeros.

La compostura de los navíos presentaba dificultades insuperables, porque eran tan grandes sus averías, que no habia esperanza de que volviesen á salir al mar. A pesar de todo el almirante no quiso demolerlos, juzgando con su acostumbrada prudencia, que tal y conforme estaban, ofrecerian mas seguridad á las tripulaciones que su permanencia en tierra. Manteniéndose sobre aquellos restos, se estaba al abrigo de los ataques de los naturales del país, y los españoles tenian menos ocasion de provocar con alguna imprudencia su descontento y su venganza, perdiendo las ventajas que su alianza y amistad les pudieran proporcionar. Por consiguiente las naves fueron reparadas por los costados, se construyeron barracas sobre los puentes y se prohibió á las tripulaciones bajar á tierra.

El almirante pudo felicitarse por tan prudentes medidas, porque los indios no tardaron en venir á bordo, y como se les hacia buen recibimiento, manifestaban mucha confianza y amistad á los extranjeros. Traian víveres en abundancia, y se marchaban muy contentos, despues de haber dado dos patos por un pedazo de talco, un pan hecho con la raiz de caza-be por una cuenta de vidrio, y los objetos de mas valor por un cascabel.

Entre tanto se hacia preciso pensar en los medios de salir de la isla, celebróse un gran consejo á bordo del navío del almirante, para discutir esta cuestion vital. Todos fueron de parecer que se debia dar parte de sus apuros al gobernador de la Española, suplicándole enviase un navío en el que pudieran embarcarse. ¿Pero cómo le habian de llevar este aviso? El almirante no contaba mas que con una chalupa, y habia mas de treinta leguas de la Jamaica á la isla Española.

Los modales afables y la buena fe de Colon habian inspirado á los naturales tan vivo afecto á su persona, que no tuvieron inconveniente en venderle algunas canoas; no eran mas que troncos ahuecados, informes y toscos barquichuelos, útiles á lo mas para navegar á lo largo de la costa; pero incapaces de resistir al menor golpe de viento y prontos á sumergirse á la primera oleada. Emprender un viaje tan largo con tan frágiles embarcaciones, era esponerse á una muerte casi segura, y sin embargo, estos peligros no aterraron á dos compañeros de Colon. El

español Mendez y el genovés Fieschi, se espusieron valerosamente por salvar al almirante y á las tripulaciones. Al conservar los nombres de estos dos varones intrépidos y trasmitirlos á la mas remota posteridad, la historia no ha hecho mas que rendir el debido homenaje á su heroico sacrificio; ha cumplido un deber de justicia y de agradecimiento para con los salvadores de Colon.

Cada uno se embarcó en su canoa particular, llevando seis españoles y cuatro salvajes que hiciesen el oficio de remeros. Quedó pactado que así que llegasen á la isla Española, Fieschi volveria á dar parte al almirante, mientras que Mendes iria por tierra á Santo Domingo, para desempeñar la comision de que iba encargado para el gobernador. Partieron al fin, acompañados de los ardientes votos de sus desgraciados compañeros para que tuviesen un próspero viaje.

Habian navegado ya durante cuarenta y ocho horas, sufriendo mucho por el calor insoportable y siguiendo exactamente la direccion que el almirante les habia indicado, cuando se les figuró que se habian extraviado del verdadero camino y que se habian pasado en alta mar mucho mas allá de Santo Domingo. Considérese ahora la angustia de aquellos hombres, que habiendo agotado ya su escasa provision de agua dulce, estaban atormentados por una sed ardiente. Algunos salvajes cayeron muertos á vista de sus aterrados compañeros, que esperando la misma suerte, daban señales de una horrorosa deses-

peracion. Creian encontrar algun consuelo llenando su boca con el agua del mar; pero esto no hacia mas que refrescar su lengua y escitar mas la sed que aumentaba sus padecimientos.

De repente la esperanza vino á reanimar sus almas abatidas y hacerles recobrar su valor. Era de noche, y la luna presentándose de improviso en el horizonte, les permitió ver hácia la parte por donde habia salido, una eminencia formada por una roca. Apenas la distinguieron, cuando creyendo encontrarse cerca de una isla, procuraron llegar á ella á fuerza de remos. Llegaron en efecto; pero una triste realidad disipó sus ilusiones: aquella isla donde esperaban encontrar el término de sus males y de sus padecimientos, no era mas que un peñasco estéril sin rastro de vegetacion.

A pesar de su desesperacion, quisieron recorrer aquel islote. Bajaron de sus canoas, y apenas habian andado algunos pasos, cuando encontraron agua en abundancia en el hueco de las rocas: era agua llovediza, pero clara y fresca como la de una cisterna. El descubrimiento de semejante tesoro les hizo olvidar la templanza, tan necesaria despues de sus largas privaciones. Se precipitan con ansia sobre el agua y se sacian hasta mas no poder: unos pagan instantáneamente con su vida su esceso, y otros víctimas de la misma imprudencia, la pagan despues con calenturas, consuncion ó hidropesía.

Aquellos desgraciados habian podido satisfacer la mas imperiosa de sus necesidades; pero sufrían

otras privaciones no menos crueles. Por una casualidad feliz para ellos, el mar arrojó á la costa algunos peces cuya carne pudo entretener su hambre. Entonces los comandantes de las dos canoas resolvieron que sus compañeros disfrutasen algun descanso sobre aquel peñasco solitario durante el calor del dia, y se embarcaron á la caida de la tarde. Despues de haber remado toda la noche, alumbrados por la luna, que prestaba este alivio á su triste situacion y á los padecimientos que habian sufrido, saludaron por fin con sus gritos de alegría á la costa occidental de la isla Española, donde desembarcaron.